

pretender una muchacha cuya fortuna pasaría de cien mil francos de renta? Había adoptado las ideas de su sobrina y las había entendido: de modo que aceleró la marcha de Falleix explicándole lo muy aprisa que se iba en posta. Después había reflexionado durante la comida acerca del rumbo que convendría imprimir al resorte inventado por Isabel. Al llegar al café Themis dijo á su sobrina que sólo él podría arreglar el asunto con Gigonnet y le hizo quedarse en el coche á fin de que no interviniese más que en tiempo y lugar oportuno. A través de los vidrios, Isabel vió las dos figuras de Gobseck y de su tío Mitral, que se destacaban en el fondo amarillo de las maderas de aquel café viejo como dos cabezas de camafeos, frías é impasibles, en la actitud que su grabador les dió. Aquellos dos avaros parisienses estaban rodeados de caras viejas en cuyas arrugas circulares parecía impreso el treinta por ciento de descuento, arrugas que partiendo de la nariz, rodeaban unos pómulos helados. Aquellas fisonomías se animaron al ver á Mitral y sus ojos brillaron con curiosidad de tigre.

—¡Ah! ¡oh! es el papá Mitral—exclamó Chaboisseau.

Este viejecito hacía descuentos en negocios de librería.

—Sí, es verdad—respondió un comerciante en papel llamado Metivier.—¡Ah! es un viejo mono que entiende en muecas.

—Y usted es un cuervo viejo que entiende en cadáveres—respondió Mitral.

—Justo—dijo el severo Gobseck.

—¿Qué viene usted á hacer aquí, hijo mío? ¿Viene usted á coger á nuestro pequeño Metivier?—le preguntó Gigonnet enseñándole al comerciante en papel que tenía cara de portero.

—Su sobrina Isabel está aquí, papá Gigonnet—le dijo Mitral al oído.

—¡Cómo! ¿hay desgracia?—dijo Bidault.

El anciano frunció las cejas y tomó cierto aire de ternura como el del verdugo cuando se dispone á oficiar; á pesar de su virtud romana, debió de conmovirse, porque su nariz roja perdió un tanto el color.

—Bueno, y si ocurrieran desgracias, ¿no ayudaría usted á la hija de Saillard, que le hace las medias hace treinta años?—exclamó Mitral.

—Si hubiese garantías, no digo que no—respondió Gi-

gonnet.—Yo veo en todo eso á Falleix. Falleix establece á su hermano de agente de cambio, y hace tantos negocios como los Brézac; ¿con qué? con su inteligencia, ¿verdad? En fin, Saillard no es ningún niño.

—Conoce el valor del dinero—dijo Chaboisseau.

Esta frase, dicha entre aquellos ancianos, hubiese hecho temblar á un artista, pues todos menearon la cabeza.

—Por otra parte, á mí no me importa la desgracia de mis semejantes—repuso Bidault-Gigonnet.—Yo tengo por principio no dejarme nunca llevar de mis amigos ni de mis parientes, pues sólo se puede perecer por los lugares débiles. Diríjase ustedes á Gobseck, que es manso.

Los usureros aplaudieron estas doctrinas con un movimiento de sus cabezas metálicas, y el que les hubiese visto hubiera creído oír los gritos de las máquinas mal engrasadas.

—Vamos, Gigonnet, un poco de ternura—dijo Chaboisseau,—hace treinta años que le hace á usted medias.

—¡Ah! eso vale algo—dijo Gobseck.

—Bueno, estamos entre amigos y se puede hablar—dijo Mitral después de haber examinado á los que le rodeaban.

—Vengo para un buen negocio.

—Pues ¿por qué viene usted á nosotros, si es bueno?—dijo agriamente Gigonnet interrumpiendo á Mitral.

—Un muchacho que era hidalgo de la cámara, un viejo chután, ¿cómo se llama?... la Billardiére, ha muerto.

—¿De veras?—dijo Gobseck.

—Y el sobrino da custodias á las iglesias!—dijo Gigonnet.

—No es tan tonto para darlas, las vende, papá—repuso Mitral con orgullo.—Se trata de lograr la plaza del señor de la Billardiére, y para llegar á eso es necesario embargar...

—¡Embargar! ¡siempre alguacil!—dijo Metivier dando golpecitos en la espalda á Mitral.—Me gusta esto á mí...

—Embargar, ó mejor dicho, coger entre nuestras garras á Chardin de los Lupeaulx—repuso Mitral.—Ahora bien, Isabel ha encontrado el medio, y consiste...

—¡Isabel!—exclamó Gigonnet interrumpiéndole de nuevo.

—Esa muchacha, se parece á su abuelo, á mi pobre hermano. Bidault no tenía igual. ¡Ah! si la hubieseis visto en la venta de muebles viejos, ¡qué tacto! ¡qué astucia! Y ¿qué quiere?

—¡Hola! ¡hola!—dijo Mitral.—Papá Gigonnet, veo que os llega á lo vivo. Y ese fenómeno debe tener sus causas.

—¡Niño!—dijo Gobseck á Gigonnet.—¡Siempre demasiado vivo!

—Vamos, mis maestros Gobseck y Gigonnet, ustedes necesitan á Lupeaulx, recuerdan haberle desplumado y tienen miedo de que les pida un poco de su pluma—dijo Mitral.

—¿Se le puede decir el negocio?—preguntó Gobseck á Gigonnet.

—Mitral es de los nuestros y seguramente que no desea perjudicar á sus antiguos clientes. Ahora bien, Mitral—le dijo al oído,—aquí para nosotros tres, nosotros acabamos de comprar créditos cuya admisión depende de la comisión de liquidación.

—¿Qué pueden ustedes sacrificar?—preguntó Mitral.

—Nada—dijo Gobseck.

—No saben que estamos en ello—dijo Gigonnet;—Samanon nos sirve de parapeto.

—Escúcheme usted, Gigonnet—le dijo Mitral.—Hace frío y su sobrina espera. Me comprenderá usted en tres palabras. Entre ustedes dos, es preciso que le envíen sin intereses trescientos mil francos á Falleix, el cual corre en este momento á treinta leguas de París.

—¿Es posible!—dijo Gobseck.

—¿Adónde va?—exclamó Gigonnet.

—Va á la magnífica tierra de Lupeaulx—dijo Mitral.—Conoce el país y se propone comprar entorno de la bicoca del secretario general por valor de doscientos cincuenta mil francos de excelentes tierras, que siempre tendrán su valor. Se tienen nueve días para el registro de las actas, y con este pequeño aumento la tierra de Lupeaulx pagará mil francos de impuestos. Ergo, Lupeaulx pasa á ser elector del gran colegio, elegible, conde y todo lo que quiera. ¿Saben ustedes cuál es el diputado que se ha arruinado?

Los dos avaros hicieron un signo afirmativo.

—Lupeaulx se cortaría una pierna por ser diputado—repuso Mitral.—Pero quiere tener á su nombre los contratos que nosotros le enseñaremos, hipotecándolos como es consiguiente con subrogación en los derechos de los vendedores. ¡Ah! ¡ah! ¿entienden ustedes? Primero nos es preciso la plaza para Baudoyer; después les volveremos á entregar á ustedes á Lupeaulx. Falleix se queda en el país y prepara la materia electoral; de este modo ustedes ya hacen la puntería

á Lupeaulx por medio de Falleix, durante todo el tiempo de la elección, una elección de distrito en que los amigos de Falleix constituyen la mayoría. ¿Hay algo de Falleix en todo esto, papá Gigonnet?

—Lo que hay es algo de Mitral—repuso Metivier.—Está bien urdido.

—Hecho—dijo Gigonnet,—¿verdad, Gobseck? Falleix nos firmará contravalores y pondrá la hipoteca á su nombre; nosotros iremos á ver á Lupeaulx en tiempo útil.

—Y nosotros—dijo Gobseck,—nosotros somos robados.

—¡Ah! papá—dijo Mitral,—ya quisiera yo conocer al ladrón.

—Nosotros no podemos ser robados más que por nosotros mismos—respondió Gigonnet.—Nosotros hemos creído hacer bien comprando los créditos de todos los acreedores de Lupeaulx al sesenta por ciento de descuento.

—Ustedes le harán una hipoteca sobre su tierra y le pueden cobrar los intereses—respondió Mitral.

—Es posible—dijo Gobseck.

Después de haber cambiado una astuta mirada con Gobseck, Bidault, apodado Gigonnet, salió á la puerta del café.

—Isabel, prima mía, adelante. Tenemos cogido á tu hombre, pero no abandones los accesorios. La cosa está bien empezada, con astucia, acabada. Cuenta con la estimación de tu tío...

Y le golpeó alegremente la mano.

—Metivier y Chaboisseau podrían hacernos daño yendo esta noche á alguna redacción de un periódico ministerial para hacer público nuestro proyecto. Vete tú sola, hija mía, pues no quiero dejar solos á estos pájaros.

—Mañana los fondos partirán á su destino mediante una palabra dicha al administrador general, y nosotros encontraremos en casa de nuestros amigos los cien mil escudos en papel—dijo Gigonnet á Mitral cuando el alguacil se fué á hablar con los otros usureros.

Al día siguiente los numerosos suscritores de un periódico liberal leyeron en las primeras páginas un artículo inserto por recomendación de Chaboisseau y Metivier, accionistas de dos periódicos, prestamistas de librería, de imprenta y de papelería, á los que ningún redactor podía negar nada. He aquí el artículo.

«Ayer un periódico ministerial indicaba evidentemente como sucesor de la Billardiére al señor Baudoyer, uno de los ciudadanos más recomendables de un barrio poderoso, en el que su benevolencia no es menos reconocida que su piedad, en la cual tanto hincapié hace la hoja ministerial; ¡bien hubiera podido hablar de sus talentos! Pero ¿no ha pensado que alabando la antigüedad burguesa del señor Baudoyer, que es ciertamente una nobleza como cualquiera otra, indicaba la causa de la exclusión verosímil de su candidato? ¡Perfidia gratuita! La buena dama acaricia á aquel á quien mata, según su costumbre. Nombrar al señor Baudoyer sería rendir homenaje á las virtudes, á los talentos de las clases medias, de las que seremos siempre abogados, aunque á veces veamos nuestra causa perdida. Este nombramiento, que sería un acto de justicia y de buena política, no se lo permitirá el ministerio. En esta ocasión el periódico religioso tiene más talento que sus amos y seguramente que le reñirán.»

Al día siguiente por la mañana, viernes, día de comida en casa de la señora Rabourdin, á quien Lupeaulx había dejado á media noche deslumbrante de belleza en la escalera de los Bufones, dando el brazo á la señora de Camps (la señora Firmiani acababa de casarse), el viejo corrido despertó con sus ideas de venganza calmadas, ó mejor dicho, frescas; estaba ocupado de lleno por la última mirada cambiada con la señora Rabourdin.

—Yo me aseguraré á Rabourdin perdonándole primero y lo volveré á recoger más tarde. Por de pronto, si no obtuviese la plaza, sería preciso renunciar á una mujer que puede llegar á ser uno de los instrumentos más preciosos para una gran fortuna política; lo comprende todo, no recula ante ninguna idea. Después, yo sabré antes que el ministro el plan de administración que ha concebido Rabourdin. Vamos, mi querido Laupeaulx, se trata de vencerlo todo por tu Celestina. En vano hace usted muecas, señora condesa; usted invitará á la señora Rabourdin á la primera velada íntima.

Lupeaulx era uno de esos hombres que para satisfacer una pasión saben esconder su venganza en un rincón de su corazón; así es que hecha la apuesta resolvió hacer que nombrasen á Rabourdin.

—Querido jefe, yo le probaré á usted que merezco una buena plaza en un presidio diplomático—se dijo sentándose en su despacho y abriendo los periódicos.

A las cinco sabía demasiado bien lo que debía contener el periódico ministerial para entretenerse en leerlo; pero lo abrió para mirar el artículo de la Billardiére pensando en el apuro que le había puesto Bruel llevándole la burlona redacción de Bixiou. No pudo menos de reirse al leer de nuevo la biografía del difunto conde de Fontaine, muerto algunos meses antes y que él había reimpresso para la Billardiére, cuando de pronto sus ojos fueron sorprendidos por el nombre de Baudoyer. Leyó con furor el referido artículo que comprometía al ministerio, se apresuró á llamar y envió recado á Dutocq de que se le presentase para mandarlo al periódico; ¡Cual fué su asombro al leer la respuesta de la oposición! pues por casualidad fué la hoja liberal la primera que llegó á sus manos! La cosa era seria. El conocía aquella partida, y el maestro que emborronaba sus cartas le pareció un griego de primera fuerza. Disponer con aquella habilidad de dos periódicos opuestos en el instante, en la misma noche, y comenzar el combate adivinando la intención del ministro. Reconoció la pluma de un redactor liberal conocido suyo y se propuso interrogarle por la noche en la Opera. Dutocq se presentó.

—Lea usted—le dijo Lupeaulx tendiéndole los dos periódicos y continuando la lectura de las demás hojas para saber si Baudoyer había tocado alguna otra cuerda.—Vaya usted á saber quien se ha atrevido á comprometer de este modo al ministerio.

—No creo que sea el señor Baudoyer, porque ayer en todo el día no salió de la oficina—respondió Dutocq.—No necesito ir al periódico. Cuando llevaba su artículo de ayer, he visto al cura que se había presentado provisto de una carta del gran limosnero, ante el cual usted también se hubiese inclinado.

—Dutocq, usted le tiene rencor al señor Rabourdin, y eso no está bien, pues impidió dos veces su destitución. Bien es verdad que nosotros no somos dueños de nuestros sentimientos; puede uno odiar á su bienhechor. Únicamente que yo he de hacerle una advertencia, y es que si se permite usted contra Rabourdin la menor traición sin que yo se lo ordene, estará usted perdido y me contará entré el número

de sus enemigos. Respecto al periódico de mi amigo, que el gran limosnero haga el mismo número de suscripciones que le tomamos nosotros, si quiere servirse de él exclusivamente. Estamos á fin de año, la cuestión de la suscripción se discutirá muy pronto y nos entenderemos. Respecto á la plaza de la Billardiére, hay un medio de acabar, el cual medio consiste en hacer hoy mismo el nombramiento.

—Señores—dijo Dutocq entrando en las oficinas y dirigiéndose á sus colegas,—no sé si Bixiou tiene don para leer en el porvenir, pero si no han leído ustedes el periódico ministerial, les invito á que lean el artículo relativo á Baudoyer; además, como el señor Fleury tiene el periódico de oposición, pueden ustedes ver en él la réplica. Ciertamente que el señor Rabourdin tiene talento, pero un hombre que en los tiempos que corren da á las iglesias custodias de ocho mil francos, también tiene extraordinario talento.

BIXIOU, *entrando*

¿Qué dicen ustedes de la primera á los Corintios contenida en nuestro diario religioso y de la Epístola á los ministros que lleva el periódico ministerial? ¿Cómo va el señor Rabourdin, Bruel?

BRUEL, *llegando*

No sé. (*Se lleva á Bixiou á su despacho y le dice en voz baja*): Querido mío, vuestra manera de ayudar á las gentes se parece á las maneras del verdugo, que pone los pies sobre los hombros de los condenados para ahorcarle á uno antes. Usted me ha hecho recibir un responso de Lupeault, que me está bien empleado por necio. Era bonito el artículo acerca de la Billardiére. No olvidaré nunca esa jugada. La primera frase parecía decirle al rey: *Es preciso morir*. Aquella acerca de Quiberon significaba claramente que el rey era un... En fin, todo era irónico.

BIXIOU, *echándose á reir*

¡Toma! ¿se enfada usted? ¿De modo que ya no puede uno hablar en broma?

BRUEL

Hablar en broma, hablar en broma. Cuando usted quiera ser jefe, también se le responderá con bromas, querido mío.

BIXIOU, *con tono amenazador*

¿Quedamos enfadados?

BRUEL

Sí.

BIXIOU, *con aire seco*

Tanto peor para usted.

BRUEL, *pensativo é inquieto*

¿Perdonaría usted una cosa semejante?

BIXIOU, *con cariño*

¿A un amigo? ¡Ya lo creo! (*Se oye la voz de Fleury*). Aquí está Fleury, que maldice á Baudoyer. ¿Eh? ¿Está bien hecho? Baudoyer tendría la plaza. (*Confidencialmente*). Después de todo, mejor. Bruel, fijese usted bien en las consecuencias. Rabourdin sería un cobarde si se quedara á las órdenes de Baudoyer y, por lo tanto, presentará la dimisión y esto dejará dos vacantes. Usted será jefe y me tomará á mi como subjefe. Haremos zarzuelas juntos y yo le libraré del trabajo de la oficina.

BRUEL, *sonriendo*

¡Toma! no había caído en eso. Sin embargo, ¡pobre Rabourdin! me daría lástima.

BIXIOU

Ah! ¿es así como usted le quiere? (*Cambiando de tono*). Pues bien, yo tampoco le compadezco. Después de todo, es rico; su mujer da reuniones y no me invita á mí, que voy á todas partes. Vamos, mi buen Bruel, adiós, y tan amigos (*Sale*). Adiós, señores. ¿No les decía yo á ustedes ayer que un hombre que no tenía más que virtudes y talento, era muy pobre aunque tenga una mujer guapa?

FLEURY

Usted es rico.

BIXIOU

Así, así, querido Cincinato. Pero ustedes me pagarán la comida en el Rocher de Cancale.

POIRET

Siempre me es imposible comprender al señor Bixiou.

PELLION, *con aire elegiaco*

El señor Rabourdin lee tan rara vez los periódicos, que tal vez sería útil llevárselos, privándonos de ellos momentáneamente. (*Fleury le tiende su periódico, Vimeux el de la oficina y él toma los dos y sale.*)

En este momento, Lupeaulx, que bajaba para almorzar con el ministro, se preguntaba si antes de emplear la fina labor de sus intrigas para el marido, no aconsejaba la prudencia que sondase el corazón de la mujer, á fin de saber si sería recompensado por su fidelidad. Se tentaba el poco corazón que tenía, cuando encontró á su procurador en la escalera, quien le dijo con esa familiaridad propia de las gentes que saben que son indispensables:

—Dos palabras, monseñor.

—¿Qué hay, mi querido Desroches?—dijo el político.—Esos señores se impacientan y no saben hacer como yo: esperar.

—Corro para advertirle que todos sus créditos están en manos de los señores Gigonnet y Gobseck bajo el nombre de un señor Samanon.

—Hombres á quienes he hecho ganar sumas inmensas.

—Escuche usted—le dijo el procurador al oído,—Gigonnet se llama Bidault y es tío de Saillard el cajero, y Saillard es suegro de un tal Baudoyer, que se cree con derechos á una plaza vacante en su ministerio. ¿No he hecho bien en venir á avisarle?

—Gracias—exclamó Lupeaulx saludando al procurador con aire astuto.

—De una plumada queda usted en paz—dijo Deroches al marcharse.

—¡Esto sí que es inmenso sacrificio!—se dijo Lupeaulx.—No hay medio de hablar de él á una mujer—pensó.—¿Vale Celestina la liquidación de todas mis deudas? Iré á verla esta misma mañana.

De esta suerte la hermosa señora Rabourdin iba á ser en pocas horas el árbitro de los destinos de su marido, sin que ningún poder pudiese prevenirla de la importancia de sus

respuestas y sin que ninguna señal le advirtiese que procurase afectar amabilidad en su actitud y en su voz. Y por desgracia, ella se creía segura del éxito y no sabía que Rabourdin estaba minado por todas partes.

—Bueno, monseñor—dijo Lupeaulx entrando en el cuartito donde almorzaban.—¿Ha leído usted los artículos referentes á Baudoyer?

—Por amor de Dios, querido mío—respondió el ministro,—dejémos de nombramientos en este instante. Ayer me rompieron la cabeza con esa custodia. Si no quiero dar mi brazo á torcer, para salvar á Rabourdin será preciso hacer cuestión de consejo el asunto de su promoción. Hay para aburrir á uno de los negocios. Para defender á Rabourdin es preciso ascender á un tal Colleville...

—¿Quiere usted dejarme á mí la dirección de ese juguete y no ocuparse de él? Yo le haré pasar todos los días un gran rato contándole la partida de ajedrez que voy á jugar contra el gran limosnero—dijo Lupeaulx.

—Bueno—le dijo el ministro—haga usted el trabajo con el jefe del personal. ¿Ya sabe usted que no hay nada que llame más la atención del rey que las razones contenidas en el periódico de la oposición? ¡Y ahora dirija usted el ministerio con unos cuantos Baudoyer!

—Un imbécil devoto—repuso Lupeaulx,—é incapaz como...

—Como la Billardière—dijo el ministro.

—La Billardière tenía al menos las maneras del hidalgo ordinario de cámara—repuso Lupeaulx.—Señora—dijo dirigiéndose á la condesa,—ahora hay necesidad de invitar á la señora Rabourdin á la primera velada íntima, debiendo advertirle que es amiga de la señora de Camps, y yo la he conocido en el palacio Firmiani. Por otra parte, ya verá usted que no es mujer que comprometa un salón.

—Invite usted á la señora Rabourdin, querida mía—dijo el ministro,—y hablemos de otra cosa.

—Ahora sí que está Celestina en mis garras—se dijo Lupeaulx subiéndole á su habitación para ponerse un traje de mañana.

Los hogares parisienses están devorados por la necesidad de ponerse en armonía con el lujo que les rodea por todas partes; así es que hay pocos que tengan el juicio de adaptar su situación exterior á su presupuesto interior. Pero este

vicio depende tal vez de un patriotismo completamente francés y que tiene por objeto conservar á Francia su supremacía en materia de trajes. Francia reina por el vestir sobre toda Europa, y todo el mundo siente en ella la necesidad de conservar un cetro comercial que hace de la moda en Francia lo que es la marina en Inglaterra. Este patriótico favor que lleva á sacrificarlo todo es la causa de los trabajos secretos é inmensos que ocupan toda la mañana de las mujeres parisienses cuando éstas quieren, como quería la señora de Rabourdin, arrastrar con doce mil francos de renta el tren que muchos ricos no llevan con treinta mil. Así es que los viernes, día de comida, la señora Rabourdin ayudaba á la camarera á arreglar las habitaciones, pues la camarera iba muy temprano al mercado y el criado limpiaba los cubiertos, doblaba las servilletas y preparaba los vasos. El importuno que por una distracción de la portera hubiese subido á eso de las once ó de las doce á casa de la señora Rabourdin la hubiera encontrado en medio del desorden más pintoresco, en bata de casa, con zapatillas, mal peinada, arreglando ella misma sus lámparas, disponiendo ella misma sus jardineros ó comiéndose á toda prisa un almuerzo poco poético. La visita que hubiese desconocido los misterios de París, hubiera, ciertamente, aprendido á no poner los pies en los bastidores del teatro, porque señalado á poco como hombre capaz de las más grandes torpezas, la mujer sorprendida en sus misterios de mañana hubiera hablado de su necedad y de su indiscreción de un modo fatal para él. La parisiense, tan indulgente con las curiosidades que le aprovechan, es implacable para aquellos que le hacen perder su prestigio; de modo que una invasión domiciliaria semejante, no es un ataque al pudor, sino un robo con fractura, el robo de lo que hay más precioso, *¡el crédito!* Una mujer se deja sorprender gustosa cuando está poco vestida y con los cabellos caídos, cuando estos cabellos son de élla, porque gana, pero no quiere que la vean arreglándose la habitación, porque pierde su fama de mujer distinguida. La señora de Rabourdin estaba sumida en su trabajo del viernes, rodeada de las provisiones que había traído la cocinera, cuando el señor Lupeaulx se trasladó á su casa. La verdad es que el secretario general era la persona á quien menos podía esperar la señora Rabourdin; de suerte que al oír resonar botás en el descansillo, exclamó: «¿Ya está ahí el peluquero?», exclamación tan poco agradable á Lupeaulx como la presencia de éste lo fué para ella. Corrió, pues, á su dormitorio, donde reinaba un espantoso desbarajuste de muebles que no quieren ser vistos, de cosas heterogéneas en materia de elegancia, un verdadero carnaval doméstico. El desvergonzado Lupeaulx encontró tan atractiva á su hermosa asustada, que la siguió hasta su cuarto, pues no sé qué de grato atraía la mirada; la carne vista á través de las ropas parecía mil veces más seductora que cuando se estremecía graciosamente desde la curva circular trazada en la espalda por la costura de terciopelo hasta las redondeces fugitivas del cuello más bonito de cisne, en el que jamás amante alguno haya depositado un beso antes del baile. Cuando la mirada se pasea por una mujer ataviada que muestra un magnífico pecho, ¿no cree uno ver el postre de una hermosa comida? pero la mirada que se cuela por entre la ropa arrugada por el sueño descubre rincones sabrosos y se regala con ellos como el que devora una fruta robada que madura entre dos hojas de un espaldar.

—Espere usted, espere usted,—gritó la bonita parisiense procurando ocultar su desorden.

Llamó á Teresa, su camarera, á la cocinera y al criado implorando un chal para cambiar de decoración, y la decoración cambió, y en un instante otro fenómeno: el cuarto tomó un aspecto de mañana muy atractivo, en armonía con un tocado repentinamente combinado para mayor gloria de aquella mujer eminentemente superior en esto.

—¿Usted, y á esta hora?—le preguntó.—¿Qué pasa?

—Las cosas más graves del mundo—respondió Lupeaulx.—Se trata hoy de que nos entendamos bien.

—Mi principal vicio—respondió ella,—estriba en ser prodigiosamente caprichosa; así es que no mezclo mis afectos con la política, hablemos de política y de negocios, y después veremos. Por otra parte, no es un capricho, sino una consecuencia de mi gusto de artista lo que me prohíbe hacer chillar los colores, aliar cosas disparatadas y evitar á toda costa las disonancias. También nosotras, las mujeres, tenemos nuestra política.

El sonido de su voz y la gentileza de sus modales habían producido su efecto y habían metamorfoseado la brutalidad del secretario general. Ella había logrado recordarle sus obligaciones de amante. Una mujer bonita y hábil se crea

una especie de atmósfera en que los nervios se calman y en que los sentimientos se suavizan.

—¿Ignora usted lo que pasa?—dijo brutalmente Lupeaulx, que parecía interesado en mostrarse brutal.—Lea usted.

Y ofreció á la graciosa Rabourdin los dos periódicos en que él había anotado con tinta roja los artículos relativos á Baudoyer. Leyendo, el chal se abrió sin que Celestina lo notase ó por efecto de su deseo oculto de que tal sucediese. A la edad en que la fuerza de los caprichos está en razón con su rapidez, Lupeaulx no podía ya conservar su sangre fría, como Celestina no conservaba la suya.

—¡Cómo!—dijo ella.—¿Quién es ese Baudoyer?

—Un asno—dijo Lupeaulx;—pero ya lo ve usted; lleva reliquias y llegará conducido por la mano hábil que tiene las bridas.

El recuerdo de sus deudas pasó ante los ojos de la señora Rabourdin, y la cegó, como si hubiese visto dos rayos consecutivos; sus oídos zumbaron repetidamente, bajo la presión de la sangre que latía en sus arterias y permaneció completamente alelada mirando á un alzapuño sin verlo.

—Pero usted nos es fiel,—dijo á Lupeaulx, acariciándole con una mirada para atraérselo.

—Eso, según—dijo él, respondiendo á aquella mirada con otra descaradamente escudriñadora que llenó de rubor á la pobre mujer.

—Si exigiese usted arras, perdería el tiempo—dijo Celestina riéndose.—Le creía á usted más grande de lo que es, y en cambio usted me cree muy pequeña, muy interesada.

—Usted no me ha comprendido—repuso Lupeaulx con malicia.—Yo quería decir que no podía servir á un hombre que va contra mí solapadamente. ¿Qué significa eso? He aquí lo que le probaré que yo soy grande.

Y presentó á la señora Rabourdin el estado robado por Dutocq, señalándole el lugar en que su marido tan sabiamente lo había analizado.

—Lea usted.

Celestina reconoció la letra, leyó y palideció al recibir aquel golpe de maza.

—Están todas las dependencias—dijo Lupeaulx.

—Pero afortunadamente, usted es el único que posee este trabajo que yo no puedo explicarme.

—El que lo ha robado no es tan necio para no tener copia,

pues es demasiado embustero para confesarlo y demasiado inteligente en su oficio para entregarlo. Así es que ni siquiera he intentado hablarle de ello.

—¿Quién es?

—El oficial primero.

—¡Dutocq! Siempre recibe uno castigo por los beneficios. Ese—repuso ella,—es un perro que quiere un hueso.

—¿Sabe usted lo que quieren ofrecirme á mí, pobre diablo, pobre secretario general?

—¿Qué?

—Debo treinta y tantos mil desgraciados francos; va usted á formar un mal concepto de mí al saber que no debo más, pero, en fin, en eso soy pequeño. Ahora bien, el tío de Baudoyer acaba de comprar mis créditos y sin duda se dispone á devolverme los títulos.

—Pero ¡todo eso es infernal!

—¡Ca! es monárquico y religioso. Aquí obra la mano del limosnero.

—Y ¿qué hará usted?

—¿Qué me ordena usted que haga?—le dijo con una gracia adorable, tendiéndole la mano.

Celestina no lo encontró ni viejo, ni feo, ni empolvado, ni secretario general, ni nada inmundo; pero no le dió la mano. Por la noche, en su salón, se la hubiera dejado tomar cien veces; pero por la mañana y sola, este acto constituía una promesa demasiado positiva que la podía llevar muy lejos.

—¡Y dicen que los hombres de Estado no tienen corazón!—exclamó queriendo recompensar la dureza de la negativa con la gracia de las palabras.—Esto me asustaba—añadió con el aire más inocente del mundo.

—¿Qué calumnia!—respondió Lupeaulx.—Uno de los diplomáticos más antiguos, pues ocupa el poder desde que nació, acaba de casarse con la hija de una actriz, logrando que la recibiesen en todos los salones á donde concurre la nobleza más rancia.

—¿Y nos apoyará usted?

—Estoy encargado del trabajo de los nombramientos. Pero nada de fulleras.

Celestina le dió á besar su mano, y pegándole un golpecito en la mejilla, le dijo:

—Es usted mío.

Lupeaulx admiró esta frase. (Por la noche, en la Opera,

el muy fatuo lo contó de esta manera: «Una mujer que no quiere decirle á un hombre que es suya, confesión que una mujer distinguida no hace nunca, le dice: es usted mío. ¿Qué les parece á ustedes el cambio?»)

—Pero sea usted mi aliada—dijo Lupeaulx.—Su marido ha hablado al ministro de un plan de administración al que va unido el estado en que tan bien me trata; piénselo y dígame esta noche.

—Lo haré—contestó ella sin dar gran importancia á aquello que había llevado á Lupeaulx á su casa tan de mañana.

—Señora, el peluquero—dijo la camarera.

—Bien se ha hecho esperar. No sé cómo hubiera salido del paso si llega á tardar algo más, pensó Celestina.

—Usted no sabe hasta dónde llega mi abnegación—le dijo Lupeaulx levantándose.—Estará usted invitada á la primera velada íntima de la mujer del ministro.

—¡Ah! es usted un ángel, y ahora veo lo mucho que me ama; me ama usted con inteligencia.

—Querida mía, esta noche iré á saber á la Opera quiénes son los periodistas que conspiran á favor de Baudoyer y mediré mis fuerzas con ellos.

—Sí, pero comerá usted aquí, ¿verdad? He mandado traer las cosas que más le gustan.

Al mismo tiempo que Lupeaulx bajaba las escaleras, se decía:

—Todo esto es tan parecido al amor, que sería grato verse engañado mucho tiempo; pero si se burla de mí, lo sabré. Antes de la firma le preparo el lazo más hábil que jamás se haya podido imaginar nadie á fin de poder leer en su corazón. Gatitas mías, nos conocemos, pues después de todo, las mujeres son lo que nosotros somos. ¿Veintiocho años y virtuosa y aquí en la calle Duphot? Es una dicha muy rara, que merece la pena de ser cultivada.

La mariposa elegible saltaba las escaleras.

—¡Dios mío! ese hombre, sin los lentes y empolvado, debe estar sumamente feo en bata de casa—se decía Celestina.—Lleva el arpón en la espalda y por fin me remolca á donde yo quería, á casa del ministro. Ha desempeñado su papel en mi comedia.

A las cinco, cuando Rabourdin entró en su cuarto para vestirse, su mujer fué á ayudarle, y le entregó aquel estado que el pobre hombre parecía condenado á encontrar en todas

partes, como la zapatilla del cuento de *Las mil y una noches*.

—¿Quién te ha entregado esto?—dijo Rabourdin estupefacto.

—El señor Lupeaulx.

—¡Ha venido!—preguntó Rabourdin dirigiendo á su mujer una de esas miradas que ciertamente hubieran hecho palidecer á una culpable, pero que Celestina sostuvo con frente serena y mirada risueña, contestando:

—Y volverá á comer. Pero ¿por qué estás tan preocupado?

—Querida mía—respondió Rabourdin.—Lupeaulx está profundamente ofendido por mí; esas gentes no perdonan, y sin embargo, me acaricia. ¿Crees que no veo por qué?

—Ese hombre me parece que tiene un gusto demasiado delicado para criticarle—respondió Celestina.—Además, yo no sé que haya nada más halagüeño para una mujer que el excitar el apetito de un paladar hastiado. Por otra parte...

—Basta de bromas, Celestina, ten en cuenta que estoy anonadado. No puedo ver al ministro y mi honor está en entredicho.

—¡Dios mío! no, Dutocq obtendrá la promesa de un ascenso y tú serás nombrado jefe de división.

—Te adivino, querida mía—dijo Rabourdin;—pero el juego que tú haces es tan deshonesto como la realidad. La mentira es la mentira, y una mujer honrada...

—Déjame servirme de las armas que emplean contra nosotros.

—Celestina, cuanto más burlado se vea ese hombre, más encarnizado se mostrará conmigo.

—¿Y si yo le derribo?

Rabourdin miró á su mujer con asombro.

—No pienso más que en tu ascenso, y ya era tiempo, amigo mío—repuso Celestina.—Pero tú confundes el perro con la pieza de caza—dijo después de una pausa.—Dentro de algunos días, Lupeaulx habrá cumplido su misión. Mientras que tú tratas de hablar al ministro y antes de que puedas verle, ya le habré hablado yo. Tú has sudado sangre y agua para encontrar un plan que me ocultabas, y en tres días tu mujer habría hecho más labor que tú en seis años. Explícame tu hermoso sistema.

Rabourdin, al mismo tiempo que se afeitaba y después de haber hecho prometer á su mujer que no diría nada, advir-



tiéndole que confiar una sola idea á Lupeaulx era vender el secreto, empezó la explicación de sus trabajos.

—Pero, Roubourdin, ¿cómo no me has hablado de nada de eso?—exclamó Celestina cortándole la palabra á su marido cuando éste había empezado apenas á exponerle su proyecto. —Te hubieras ahorrado muchas penas inútiles. Que se esté ciego por una idea durante un momento, lo concibo, pero durante seis años, no puedo concebirlo. Tú querías reducir el presupuesto, que es la idea vulgar, cuando Francia sería dos veces mayor si fuese preciso llegar á un presupuesto de dos mil millones. Un sistema nuevo consistiría en hacer que se moviese todo mediante el préstamo, que es lo que dice Nucingen. El tesoro más pobre es el que está lleno de dinero sin saber en qué emplearlo. La misión de un ministro de hacienda es tirar el dinero por las ventanas para hacer que le entre por las bodegas, y tú quieres amontonar tesoros. Sería preciso multiplicar los empleos, en lugar de reducirlos, y en vez de amortizar las rentas, lo que debiera hacerse es multiplicar los rentistas. Si los Borbones quieren reinar en paz, deben buscar rentistas hasta en las últimas aldeas y sobre todo no dejar que los extranjeros perciban intereses en Francia, porque algún día nos pedirían el capital; mientras que, si toda la renta está en Francia, ni Francia ni el crédito perecerán. Esto es lo que salvó á Inglaterra. Tu plan es un plan de tres al cuatro. Un hombre ambicioso no hubiera debido presentarse ante su ministro á no ser para ser otro Law sin sus fracasos, explicando el poder del crédito y demostrando el cómo no debemos nosotros amortizar el capital, sino los intereses, como hacen los ingleses.

—Vamos, Celestina—dijo Roubourdin,—mezcla unas ideas con otras, contraríalas, diviértete con ellas como con juguetes, que ya estoy acostumbrado á ello; pero no critiques un trabajo que no conoces aún.

—¿Necesito yo acaso conocer un plan cuyo espíritu es triba en administrar la nación francesa con seis mil empleados, en lugar de veinte mil? No, amigo mío; aunque fuese ese el plan de un hombre de genio, un rey de Francia sería destronado si intentase ponerlo en práctica. Se somete á una aristocracia feudal cortando algunas cabezas; pero no se somete á una hidra con mil patas. No, no es posible aplastar á los pequeños, que generalmente se pierden bajo nuestros pies. ¿Y es con los ministros actuales con quienes quieres

revolver de ese modo á los hombres? Se remueven los intereses, pero no se remueve á los hombres, que gritan demasiado; mientras que los escudos son mudos.

—Pero Celestina, si tú hablas siempre y quieres mostrarte ingeniosa con motivo de esta cuestión, no nos entenderemos nunca...

—¡Ah! ya comprendo ahora cuál es el objeto de ese estado en que tú has clasificado á todos los empleados administrativos—repuso Celestina sin haber escuchado á su marido.—Pero ¡Dios mío! si tú mismo has afilado el cuchillo con que te has de cortar la cabeza. ¡Virgen santa! ¿por qué no me has consultado? Al menos yo te hubiera impedido el que hubieses escrito una sola línea, ó á lo sumo, si hubieses querido hacer esa memoria, lo hubiera copiado yo misma y nunca hubiera salido de aquí... ¡Dios mío! ¿por qué no me has dicho nada? He aquí lo que son los hombres! son capaces de dormir al lado una mujer, guardando un secreto durante siete años. ¡Esconderte de una pobre mujer durante siete años, dudar de su abnegación!

—Pero si hace ya once años que no puedo discutir contigo sin que me cortes la palabra y sin que substituyas inmediatamente mis ideas por las tuyas. Tú no sabes nada de mi trabajo.

—¿Nada? Lo sé todo.

—¡Dímelo, pues!—exclamó Roubourdin, impaciente por la primera vez desde que se había casado.

—Mira, son las seis y media, aféitate y vistete—respondió como responden todas las mujeres cuando se les toca algún punto acerca del cual les conviene callarse. Yo voy á acabar de vestirme y aplazaremos la discusión, pues no quiero tener excitaciones nerviosas el día que recibo. ¡Dios mío! ¡pobre hombre! dijo al salir.—Trabajar siete años para dar á luz su muerte. ¡Y desconfiar como desconfía de su mujer!

Entró en su tocador.

—Si tú me hubieses escuchado en algún tiempo, no habrías intercedido para sostener á tu oficial primero, el cual tiene sin duda una copia autógrafa de ese maldito estado. Adiós, hombre de talento.

Al ver á su marido en trágica y dolorosa actitud, comprendió que se había excedido; corrió hacia él, lo cogió todo enjabonado y le besó con ternura, diciéndole:

—Querido Javier, no te enfades, esta noche estudiaremos tu plan, te despacharás á tu gusto y yo te escucharé cuanto quieras, ¿estás contento así? Después de todo, ¿qué más puedo pedir yo que ser la mujer de Mahoma?—añadió riéndose.

Rabourdin no pudo menos de reirse también, pues Celestina tenía los labios llenos de espuma y su voz había despedido los tesoros del más puro y sólido afecto.

—Vete á vestirme, hija mía, y sobre todo no le digas nada á Lupeaulx, júramelo, esta es la única penitencia que te impongo.

—¿Qué me impones? Pues entonces no juro.

—Vamos, Celestina, he dicho una broma en cosa seria.

—Esta noche tu secretario general sabrá á quién tendremos que combatir, y yo sé á quién atacar.

—¿A quién? dijo Rabourdin.

—Al ministro—respondió ella creciendo dos pies.

A pesar de la gracia amorosa de su querida Celestina, Rabourdin al vestirse se sintió sobrecogido por negras ideas.

—¿Cuándo sabrá apreciarme mi mujer?—se decía.—Aun no ha comprendido que ella sola era la causa de todo mi trabajo. ¡Qué casquivaneo y que inteligencia! Si no me hubiese casado, habría medrado mucho y estaría rico. Tendría ahorrados cinco mil francos anuales de mi sueldo, los cuales, bien empleados, me producirían hoy diez mil francos de renta, además de mi sueldo; sería soltero y me quedaría el recurso de una buena alianza. Sí—repuso después de una pausa,—pero tengo á Celestina y á mis dos hijos.

Esto pensando, consideró su dicha. En el matrimonio más feliz hay siempre momentos de disgustos. A poco, se fué al salón y, contemplando su casa, exclamó:

—No hay dos mujeres que entiendan la vida como ella. ¡Con doce mil francos de renta hacer todo esto!—añadió mirando las jardineras llenas de flores y pensando en los goces de vanidad que el mundo iba á procurarle.—Había nacido para ser mujer de un ministro. Cuando pienso que la mujer del mío no le sirve para nada; parece una aldeana, y cuando se encuentra en los salones de palacio...

Se mordió los labios.

Los hombres excesivamente ocupados tienen ideas tan falsas acerca de la vida doméstica, que lo mismo se les puede hacer creer que no se tiene nada con cien mil francos, como que se tiene todo con doce mil.

Aunque era muy impacientemente esperado, y á pesar de los halagos preparados para su apetito de goloso, Lupeaulx no fué á comer ni se presentó hasta muy tarde en la velada, á las doce de la noche, hora en que la charla pasa á ser en todos los salones más íntima y confidencial. Andoche Finot, el periodista, estaba presente.

—Lo sé todo—dijo Lupeaulx cuando se hubo sentado en un sofá de junto á la chimenea con su taza de café en la mano, mientras que la señora Rabourdin permanecía de pie ante él con un plato en la mano, lleno de sandwiches y de pastelillos.—Finot, mi querido é inteligente amigo, usted puede hacerle un favor á nuestra graciosa reina soltando unos cuantos perros de presa á ciertos individuos de quienes hablaremos. Tiene usted en contra—le dijo al señor Rabourdin bajando la voz para no ser oído más que por las tres personas á quien se dirigía—á los usureros y al clero, al dinero y á la Iglesia. El artículo del periódico liberal ha sido encargado por un viejo usurero á quien le debían favores; pero el que lo ha hecho no tiene gran interés en la cosa. La redacción de ese periódico cambia en tres días de opinión, y nosotros lograremos hacerle cambiar. La oposición realista, porque hoy tenemos, gracias al señor de Châteaubriand, una oposición realista, es decir, que hay realistas que se pasan á los liberales... pero no hablemos de política. Esos asesinos de Carlos X me han prometido su apoyo, poniendo como precio á su nombramiento nuestra aprobación á una de sus enmiendas. Si nos imponen á Baudoyer, le diremos á la capellanía: «Tal y tal periódico y los señores tal y tal atacarán la ley que ustedes quieren y toda la prensa se mostrará contraria á ella (pues los periódicos ministeriales que yo tengo serán sordos y mudos, aunque ya lo son bastante, ¿verdad, Finot?) Nombren ustedes á Rabourdin y tendrán ustedes la opinión á su favor.» Pobres Bonifacios de provincias, que se arrellenan en sus sofás en el rincón del fuego muy satisfechos de la independencia de los órganos de la opinión. ¡Ah! ¡oh!

—¡Je! ¡je! ¡je!—hizo Andoche Finot.

—Así es que esté usted tranquilo—dijo Lupeaulx,—yo lo he arreglado todo esta noche. La gran capellanía tendrá que inclinar la cerviz.

—Hubiera preferido perder toda esperanza y haberle tenido á comer—le dijo Celestina al oído, mirándole en

actitud enfadada que podía pasar por la expresión de un amor loco.

—Con esto estoy seguro de obtener mi perdón—dijo Lupeaulx entregándole una invitación para la velada del martes.

Celestina abrió la carta, sintiendo tal placer, que se puso colorada como la grana. Ningún goce puede compararse al de la vanidad triunfante.

—¿Ya sabe usted lo que es la velada del martes?—repuso Lupeaulx con aire misterioso.—Va á ser en nuestro ministerio lo que las veladas íntimas de la corte. Estará usted en el corazón del poder. Asistirá la condesa de Feraud, que sigue disfrutando del favor á pesar de la muerte de Luis XVIII, Delfina de Nucingen, la señora de Listomère, la marquesa de Espard y su amiga de Camps, á quien he rogado que vaya para que encuentre usted un apoyo en el caso de que las mujeres quisiesen hacerle el vacío. Tengo muchos deseos de verla á usted entre esa gente.

Celestina movía la cabeza como un caballo antes de la carrera, y leía y releía la invitación, como Baudoyer y Saillard habían leído los artículos de los periódicos sin poderse ver nunca hartos.

—Primero ahí, y después un día á las Tullerías.

Esta frase denotaba tanta ambición y seguridad, que Lupeaulx quedó admirado.

—¿No serviré yo de estribo á esta mujer?—se dijo.

Y levantándose, se encaminó al gabinete de la señora Rabourdin, á donde le siguió ésta por comprender que el secretario general deseaba hablarle en secreto.

—Bueno, ¿y ese plan?—le dijo.

—¡Bah! tonterías de un pobre hombre.—Quiere suprimir quince mil empleados y reducirlos á cinco ó seis mil. Usted no podría formarse siquiera idea de una monstruosidad semejante. Ya le haré á usted leer la memoria cuando la copia esté terminada. Va animado de la mejor buena fe, y su catálogo analítico de los empleados ha sido dictado por el pensamiento más virtuoso. ¡Pobre hombre!

Lupeaulx se tranquilizó tanto más con la risa verdadera de que fueron acompañadas estas burlonas y despreciativas palabras, cuanto que era hombre entendido en farsas y se convenció de que en aquel momento Celestina hablaba de buena fe.

—Pero ¿cuál es el objeto de todo eso?—preguntó.

—Al parecer, quiere suprimir la contribución territorial reemplazándola por impuestos de consumos.

—Pero si hace ya un año que Francisco Keller y Nucingen han propuesto un plan casi semejante y el ministro medita acerca de la disminución del impuesto territorial.

—Ya le decía yo que la cosa no era nueva—exclamó Celestina riéndose.

—Sí, pero él, que ha tratado con el mejor hacendista de la época, un hombre que es el Napoleón financiero, debe tener al menos algunas ideas originales en los medios de ejecución.

—Todo es vulgar—dijo ella imprimiendo á sus labios una mueca desdenosa.—Figúrese usted que quiere gobernar y administrar á Francia con cinco ó seis mil empleados, cuando, por el contrario, sería preciso que no hubiese en Francia ni una sola persona que no estuviese interesada en el sostenimiento de la monarquía.

Lupeaulx pareció complacido de hallar una medianía en el hombre á quien consideraba dotado de grandes talentos.

—¿Está usted seguro del nombramiento? ¿Quiere usted un consejo de mujer?—le dijo Celestina.

—Ustedes son más entendidas que nosotros en intrigas elegantes—dijo Lupeaulx moviendo la cabeza.

—Pues bien, diga usted que se nombrará á Baudoyer en palacio y en la capellanía, para quitarles toda sospecha y distraerles; pero en el último momento nombre usted á Rabourdin.

—Hay mujeres que dicen *si* cuando necesitan á un hombre y *no* cuando éste ha desempeñado su papel—respondió Lupeaulx.

—Yo conozco algunas—le dijo sonriéndose,—pero son muy tontas, porque en política siempre vuelve uno á encontrarse. Eso está bien con los necios, pero usted es un hombre de talento. A mi juicio, la mayor falta que se puede cometer en la vida consiste en malquistarse con un hombre superior.

—No—dijo Lupeaulx,—porque perdonan. Sólo hay peligro en malquistarse con los espíritus mezquinos y rencorosos que no piensan más que en vengarse y pasan su vida entregados á esta satisfacción.

Cuando todo el mundo se hubo marchado, Rabourdin se quedó solo con su mujer, y después de haber exigido por la primera vez en su vida, un poco de atención, pudo explicarle su plan, haciéndole comprender que él no disminuía, sino que, por el contrario, aumentaba el presupuesto, mostrándole á la vez los trabajos en que se empleaba el dinero público y como el estado decuplicaba el movimiento del dinero empleando el suyo en una tercera ó cuarta parte en los gastos, que serían soportados por intereses privados ó de la localidad. Finalmente le probó que su plan, más bien que una obra teórica, era un plan fértil en medios de ejecución. Celestina, entusiasmada, se abrazó al cuello de su marido y se sentó sobre sus rodillas á la vera del fuego.

—Al fin tengo el marido con que soñaba—le dijo.—La ignorancia en que yo estaba de tu mérito te ha salvado de las garras de Lupeaulx. Te he calumniado maravillosamente y de buena fe.

Aquel hombre lloró de alegría, porque al fin había logrado su triunfo. Después de haberlo intentado todo para agradar á su mujer, había acabado por aparecer grande á los ojos de ésta.

—Y para el que sabe que eres tan bueno, tan cariñoso y de tan buen carácter, resultas diez veces más grande. Pero un hombre de genio siempre es más ó menos niño, y tú eres un niño, un niño adorable.

Esto diciendo, sacó la invitación del lugar en que todas las mujeres ponen lo que quieren ocultar, y se la enseñó.

—He aquí lo que quería. Lupeaulx me lleva á presencia del ministro, y aunque Su Excelencia fuese de bronce, será por algún tiempo esclavo mío.

Desde el día siguiente Celestina se ocupó de su presentación en la velada íntima del ministro. Para ella aquel era su gran día. Jamás cortesana alguna se preocupó nunca de su persona lo que aquella honrada mujer se preocupó de la suya. En fin, la señora Rabourdin no olvidó nada. Fué ella misma á una cochería para escoger un cupé que no fuese viejo, ordinario, ni llamativo. Su criado, como los criados de buena casa, se vistió con gran seriedad, y á eso de las diez de la noche del famoso martes Celestina salió vestida con delicioso traje negro. Iba peinada con exquisito gusto y llevaba una diadema de mil escudos encargada en casa de Fossin por una inglesa que se había ido sin recogerla, dia-

dema en forma de racimos. Las hojas eran láminas de hierro estampado, ligeras como verdaderas hojas de vid, y el artista no había olvidado esos barrenos tan graciosos destinados á enroscarse en los rizos como se enroscan á toda rama. Los brazaletes, el collar y los pendientes eran de hierro llamado de Berlín; pero aquellos delicados arabescos parecían de Viena y haber sido hechos por esas hadas que en los cuentos están encargadas, por algún hombre celoso, de recoger ojos de hormigas ó de hilar piezas de tela contenidas en una ave-llana. Su talle, adelgazado ya por el color negro, había sido puesto de relieve mediante un corte de traje estudiado, de tal modo, que á cada movimiento parecía que la mujer, como una mariposa, iba á salir de su envoltura. El traje era de muselina de lana, tela que el fabricante no había enviado aún á París y que tuvo más tarde un éxito asombroso. Este éxito fué más allá de lo que suelen ir los éxitos de todas las modas de Francia. La economía positiva de la muselina de lana, que no exige planchado, perjudicó más tarde á las telas de algodón, hasta el punto que causó una revolución en la fabricación de Rouen. El pie de Celestina, calzado con media de mallas finas y con zapato de satén turco, pues la gala excluía el satén de seda, tenía una forma elegantísima. Celestina estaba muy guapa de aquel modo. Su tez, reavivada por un baño de salvado, tenía un brillo suave. Sus ojos, bañados por las ondas de la esperanza, brillaban denotando gran ingenio y aquella superioridad de que hablaba á la sazón el feliz y orgulloso Lupeaulx. Celestina supo hacer bien su entrada, lo cual ya saben las mujeres lo que significa. Saludó graciosamente á la mujer del ministro, conciliando el respeto que le debía con su propio valer, y sin molestarla, á pesar de su majestad, pues cada mujer hermosa es una reina. Con el ministro empleó esa bonita impertinencia que las mujeres pueden permitirse con los hombres, aunque sean grandes duques. Examinó el terreno al tomar asiento y se encontró en una de esas veladas escogidas y poco numerosas en las que las mujeres pueden medirse y apreciarse bien, en las que la menor palabra resuena en todos los oídos, en las que cada mirada tiene su objeto determinado y la conversación es un duelo con testigos, donde el que es medianía aparece vulgar, pero donde todo mérito es acogido silenciosamente por hallarse al nivel de todas las inteligencias. Rabourdin había ido á meterse á un